

POR TIERRAS DE DON PELAYO

por

JORGE DEMERSON

El Bosque, sito en Soto de Cangas, dista 4 km. de Cangas de Onís y menos de 7 de Covadonga. Allí estamos en el mismísimo riñón de la España que no hubo de ser reconquistada, porque a ella no llegaron los árabes o, si llegaron, fue para ser descalabrados por las mesnadas de Don Pelayo. Estamos pues aquí en una comarca donde la limpieza de sangre es absoluta, "sin mala mezcla de judíos ni moros" según la fórmula que repiten hasta en el siglo XVIII los libros de matrícula de la Universidad de Salamanca. Los campesinos con quienes bromeé esta mañana en el mercado de Cangas, esos mismos que vendían cuatro bolsas de judías blancas o unas cebollas dispuestas a sus pies en un pañuelo blanco, éstos son tan hidalgos como el cochero de Gazel, según cuenta Cadalso, a quien sus vasallos venían a besarle la mano, impidiéndole durante un rato desempeñar sus importantes funciones cocheriles en la Corte, por los años de 1770. Hemos pues de darnos cuenta de que estamos allí en lo más rancio, lo más auténtico de España, y de que, comparada con estos rudos campesinos, la nobleza actual, cuya ejecutoria arranca de los Austrias o de los Borbones, no pasa de ser advenediza.

Asentada entre el río Covadonga y la carretera, la casa de El Bosque es la mar de simpática. Fuerte, ancha, sólida, atractiva con su aire de campesina seria, restaurada con gusto, tiene algo acogedor y casi maternal. Nada más verla, se sabe que dentro de sus paredes de piedra se estará bien, se está bien. Es una casa clueca, una casa hogar. Y el hórreo, que se le ha adelantado algunos pasos hacia la carretera como para defenderla, aumenta aún esta impresión de protección y refugio.

No defrauda el interior; todo lo contrario. Es mucho más grande por dentro la casa de lo que parece por fuera: un amplio recibimiento de donde arranca la escalera que lleva al primer piso; a la izquierda una cocina-come-

dor vastísima y estupendamente puesta. A la derecha, siempre en la planta baja, el aposento de los dueños con su cuarto de baño y un despacho muy capaz. Arriba, una sala de respeto que da a una bonita solana, tres habitaciones grandes y otro cuarto de baño muy moderno. A la derecha de la casa, una amplia cuadra, en la cual se podrán instalar tres o cuatro habitaciones.

Está la casa en el fondo de un valle estrecho (quince metros delante y otros tantos detrás, de prado muy verde) entre serranías típicamente astures, es decir de pendientes muy acusadas, y hacia el oeste, es decir enfrente de la fachada principal de la casa, muy altas. Del Torió no se puede decir que es una colina; es una cumbre, ramal de la cordillera de Covadonga, a la cual se accede por un camino de tierra no muy ancho, que va culebreando por la pina falda verde de esos montes, en medio de las árgomas o tojos todavía sin florecer. Arriba, hay un pueblo, mejor dicho una aldea de seis casas, donde viven unas 10 personas en total. Allí, frente a un paisaje admirable —lomas verdes donde, bajo los cerezos y manzanos todavía sin flores ni hojas, pacen el césped *oxfordiano* unas vacas montaraces, pequeñas, nervudas, de pelaje marrón o rojizo, de esa casta que se mantiene sola, en libertad absoluta, por las montañas, incluso en lo más crudo del invierno, que no cuestan nada, no se ordeñan, pero dan al amo una ternera cada año. Sólo la decana de este corto rebaño lleva un grueso cencerro cuya nota clara suena casi continuamente. En esta época están perdiendo las reses el pelo de la dehesa, lo que origina en el pescuezo y en la cruz grandes calvas apolilladas. Más allá, un amplio valle, lleno de nobleza y de paz. Y al otro lado, por encima de unos *praos* (o prados) donde pacen bucólica y diseminadamente unas ovejas de pastoriles cencerros. Detrás de cada seto uno espera que salga alguna pastorcita; ¡pero no! ni Adegá, ni Camila. Ahora, no hay pastoras de ojos violeta para guardar los rebaños. Como las vacas, las ovejas están aparcadas, con cables electrificados o sin ellos, y no se mueven de los alrededores de la vieja casería o de la oscura cuadra levantada en el *prau*. Mas allá, unos montes de áspero relieve, pardos, violentamente esculpidos por la gubia de la sombra y, finalmente, imperturbables encima de estas cordilleras precursoras, agudos, dentados, enteramente nevados e inmaculados menos tal cual arista negra, los imponentes Picos de Europa: la parte occidental del macizo solamente, pues queda invisible hacia la izquierda el célebre Naranjo de Bulnes.

Este es el tiempo en que, para renovar los pastos, el campesino asturiano prende fuego al monte bajo que cubre totalmente, como una piel, el suelo de estos parajes agrestes. Después de esta quema, con la lluvia que nunca falta en la zona cantábrica, la vegetación, abonada con las cenizas, crecerá lozana y dentro de un mes todo el monte será, si no orégano, cuando menos hierba tierna, mullida y pingüe. Así flota en el aire, más o menos agresivo según los caprichos del viento, un olor característico a humo.

Desde los altos del Tori6, divisamos los blancos y caprichosos embudos de humo claro, estrechos en su raiz, despu6s inflados y chafados por el viento que sopla sure6o. Contamos entre 25 y 30, hasta donde alcanzaba la vista desde este apacible mirador y ve6amos el humo lechoso, como una densa capa de neblina, que ven6a subiendo hacia nosotros desde el fondo del valle. Pero en cuanto rebasaba las cumbres, alumbrado a contraluz por el sol en medio del cielo claro, su color albo se convert6a en pardo, un pardo sucio y rojizo con regustos y reolor de fogata que nos dejaba asombrados. S6lo el sonar del cencerro, al contemplar el extraordinario y majestuoso espect6culo, romp6a el fr6gil silencio de esa grandiosa soledad.

Al atardecer, atizados por los vientos del sur, esos incendios voluntarios fueron cobrando a veces dimensiones alarmantes. Anohecido ya, desde El Bosque, se pod6a divisar m6s de trece focos ardientes, algunos muy extensos e intensos. La inquietud empez6 a cundir entre los naturales. Una vecina, que tem6a por su casa hacia la que se dirig6a el frente de llamas, acudi6 corriendo a exponer sus cuitas al corro que se hab6a formado. Se habl6 de convocar a la poblaci6n tocando las campanas, lo que se hizo seg6n dijeron algunos, aunque nosotros no lo sentimos. Incluso, para proteger, en la falda frontera del Tori6, una cuadra amenazada por el fuego errante, se encendi6 un contrafuego que vigilaban estrechamente y dirig6an unos hombres de la comarca. Armados de largas ramas, golpeaban el suelo como endemoniados al pie de la ola de llamas para impedir que se desmandasen. Y sus negras y diminutas siluetas de extra6os sacerdotes de un rito primitivo, se recortaban con precisi6n contra el fulgor de la fogata.

Durante tres horas, largas para muchos, pudimos presenciar un espect6culo magn6fico, digno del mismo Ner6n: unas monta6as por las que corr6a con sed inextinguible la lengua voraz del fuego, en largas l6neas ardientes de donde sal6an, altas y flexibles llamas que el aire vivo desgredaba caprichosamente. Desde abajo se o6a n6tido el chisporroteo del matorral. No nos cans6bamos de admirar este Vesubio 6stur que ard6a a la puerta de casa y resplandec6a en la noche clara tachonada de estrellas como una fogata de San Juan a escala cicl6pea.

Todo concluy6 durante la noche. Al otro d6a, lloviznaba; el fuego estaba apagado y del maravilloso espect6culo de la v6spera, s6lo quedaban grandes e irregulares manchones negros que afeaban el paisaje. El valle se hab6a puesto de luto y flotaba en el aire como un sabor a cenizas.

* * *

En la cumbre del Tori6, hicimos un doble encuentro. El primero con esas vacas de pelo rojizo que al acercarnos dejaron de pacer y, cuadradas, inm6viles, nos miraban entre curiosas y hostiles sin quitarnos ojo. Y, des-

pués, precedida por un perro negro, tan lanudo como ladrador, una viejecita, figura negra encorvada sobre el negro mantillo de una modesta huerta. Avisada por los furiosos ladridos del can, vino hacia nosotros, acogiéndonos con una amplia sonrisa en la que amarilleaban tres grandes incisivos, dos arriba y uno abajo, y sin más exordio que unas consideraciones generales sobre la tranquilidad de este retiro agreste, empezó a contarnos su vida. Había estado casada, tuvo varios hijos, pero ahora era viuda. Una hija suya vivía en Gijón y se había empeñado en que su madre fuera a vivir con ella. Se avino a ello la buena mujer, pero "se aburría asomada al balcón", sin más diversión que ver pasar a la gente. Además, la contaminación, muy fuerte en aquella ciudad por la intensa actividad portuaria y fabril, le impedía respirar. Añoraba su aldea perdida. Al cabo de cierto tiempo, no pudiendo aguantar más, decidió volver al Toriό donde vive con una amiga. A pesar del reuma que le ha deformado los dedos —había notado al estrecharle la mano que tenía el anular y el meñique pegados a la palma de la diestra— cultiva sola la huertecita donde la hemos encontrado. Gracias a un *palín* más ligero que la laya tradicional, cultiva con patente éxito varias clases de hortalizas. Sobre todo se siente feliz, porque puede respirar cuanto quiere el aire puro de estas alturas. Su filosofa es sencilla y sana: rehuye el bullicio, busca el silencio y la paz del campo, y no pide más. Aunque no entiende por qué pretendo sacarle una foto, pues dice y con sobrada razón: "ha pasado hace mucho el tiempo en que era guapa", se deja retratar con benevolencia. Así tengo una foto de la Sabiduría; y ésta como sabe cualquiera, no es ninguna mozuela minifaldada y casquivana: tiene muchas arrugas y pocos dientes.

* * *

Desde El Bosque, fuimos varias veces a hacer tertulia en casa de Remedios y Manolo, dos labradores, marido y mujer, primos de mis anfitriones, que viven a un tiro de piedra de El Bosque y llevan la vida que llevaron ya sus padres, es decir que cultivan sus campos y de ellos sacan su subsistencia. Nos reciben en la cocina, una sala sencilla, enlosada, amueblada con parsimonia, pero saltando de limpia. De pronto, me doy cuenta de que tengo un vaso de tinto en la mano, como los otros contertulios. Hablamos de cosas intrascendentes y esenciales, del tiempo, de los cultivos, de la vida en el campo, de las respectivas familias.

Más que a lo que dicen, presto atención a cómo lo dicen, pues es la primera vez que oigo hablar en la vida como en las novelas de Pereda. Discuten de "les vaques", del *prau*, de "les patates". Vuelven en la charla esos diminutivos en *ín* tan chuscos y divertidos como "*perrín, pesetina, señoritín, etc*". Eso de *señoritín*, es forma que me resulta familiar, ya que en una tienda de Oviedo, se me contestó: "Sí, *señoritín*"; y no sé por qué me

esponjé como si me hubieran dicho: "Claro que sí, Sr. Archiduque o Archipámpano". También se habla del "raytán" y comprendo que es el petirrojo que canta en la huerta; de Xixón, de un *xatu*; noto que aquí todo es "guapo", como en las Pitiusas, las muchachas, las vaques, el perrín, todo. Al parecer la voz "bonito" no existe; a veces se usa lindo, por influjo de Cuba, sin duda, y muy de tarde en tarde, algo como "fermosu". De la *u* final estoy seguro, pues casi todas las palabras castellanas en *O*, al penetrar en la zona del bable, terminan en *u*, como el famoso "tira al oju" de *Peñas arriba*.

Más que el vino, que es sin embargo bueno, (y Manolo no da tregua a la botella) paladeo cada frase de esta conversación, y voy notando su parecido con otros dialectos o lenguas peninsulares o insulares, por ejemplo el cierre que sufren los femeninos plurales, rasgos que asimismo se encuentra en el área catalana, singularmente en Ibiza. Dicen aquí "les patates" como en la isla "ses Figueretes" (por Figueretas).

Sí, se está bien en la cocina de Remedios. Me siento feliz, por el ambiente grato, por el tinto que calienta el cuerpo, y por simpatía también, porque esa buena gente hospitalaria, sencilla e inteligente —desde el principio me di cuenta de que es inteligente— está contenta con su suerte, porque se siente y se dice feliz. La dicha es comunicativa.

Remedios habla de su hija Tonia, casada en Cangas con el secretario de la hermandad local de labradores que se gana bien la vida. El matrimonio tiene tres hijas, Tonuica, de 7 u 8 años, María José de 6, y Lucía, gruesa muñequita risueña de un añito como un sol. No hay lugar a dudas, esa gente es feliz; no se queja del trabajo, con tal de que haya salud. Y no puedo dejar de pensar, con mi vaso de tinto en la diestra, en *El disputado voto del Sr. Cayo*, novela en que Miguel Delibes opone razonable y victoriosamente la filosofía, la experiencia y la felicidad campesinas a la agitación, el descontento sistemático y la presunción de los políticos profesionales. Aquí, sin politiquerías, sin partidismos, la gente sabe todavía disfrutar de la vida, y de los dones del Creador.

* * *

Asturias es tierra de rancia ejecutoria y por ello quizá atrae a los ancianos. Muchos viejos sienten predilección por ella, mayormente si son oriundos o naturales de la provincia. No mentemos a Francisco Franco, que no era ástur sino de refilón, por su boda con Doña Carmen: a él, le atraían cada año a los angostos valles del Sella la migración de los salmones. Pero muerto éste, vino otro anciano, no precisamente amigo de aquél, a peregrinar a estas tierras de las que vivió alejado muchos lustros. Cuando le hicieron doctor honoris causa por la Universidad de Oviedo, D. Claudio Sánchez Albornoz, concluido el solemne acto académico, quiso ir a Covadonga. El

propósito del ilustre peregrino era doble: histórico y a la vez religioso. Y tal era su afán por llegar a la santa cueva que manifestó claramente su descontento cuando sus acompañantes, serviciales y deseosos de agasajarle, pretendieron hacerle visitar de paso el convento de San Pedro de Villanueva. Este monasterio benedictino, hoy abandonado, situado a poca distancia de Cangas de Onís, posee una iglesia románica del siglo XI verdaderamente maravillosa. Pero es apenas si D. Claudio echó una mirada distraída a los hermosos e ingenuos capiteles (el caballero que se despide de su dama y el caballero que mata al Mal simbolizado por un oso o un jabalí) y a los extraordinarios canecillos en que un monstruo varias veces repetido devora a un hombre, talmente como el viejo Cronos se alimentaba a sus hijos con el mejor apetito. D. Claudio no miraba aquellas estupendas esculturas; sólo miraba su reloj, y no veía la hora de reanudar el viaje. Por fin llegaron a la Cueva. El historiador manifestó el deseo de confesarse. Avisaron a uno de los canónigos de la basílica y, dentro del coche, del que fue preciso alejar a los periodistas y fotógrafos indiscretos, el viejo maestro descargó su conciencia. Luego oyó misa en la Cueva, escuchó atentamente el sermón, comulgó devotamente y, mientras rezaba a la Virgen María y elevaba a Dios su oración de Gracias, "ploraba de los ojos" y las lágrimas corrían por su mejillas. Después confesó a sus acompañantes que había pedido a la Virgen el favor de morir allí, en la misma cueva, inundado por el gozo y fervor que le llenaba el alma. Este fúnebre pensamiento dominó su mente en las horas que pasó en Covadonga. Desde la cueva emprendieron la imprescindible -caso de acompañar el tiempo- excursión a los lagos. Allí, el anciano vio a unos niños que jugaban con unos sacos de dormir. Rogó a uno de sus acompañantes que fuera a pedir prestado uno de esos sacos para que él se tendiera en el suelo y esperase la muerte. Finalmente, disuadido de ese proyecto, quiso volver a la gruta, donde rezó tan fervorosamente como por la mañana.

En otro momento relató a sus anfitriones la historia de su vida. Estuvo casado en primeras nupcias con una española que le dio por lo menos un hijo. Éste, Nicolás, es en la actualidad catedrático de historia contemporánea de España en la Universidad de Yale, Estados Unidos. Después Don Claudio, enviudó. Establecido en Argentina, conoció a una mujer de aquella nación con la que quiso casarse. Pero acusa a los amigos que ayudaron a la realización de este proyecto de haberle engañado, pues, dice él, sabían que esa persona había sido internada en dos o tres ocasiones en una clínica psiquiátrica y no le dijeron nada. Poco después de su casamiento, se fue con ella a Roma, y allí le dio un fuerte ataque que obligó a internarla otra vez. Apenas hizo vida matrimonial con ella. Se quedó, y todavía se queda en Buenos Aires para poder verla y telefonarle una vez a la semana. A veces la dejan salir de la clínica para pasar unos días en casa de una amiga. Él va

a visitarla, pero ocurre a menudo que ella no quiera ni verle. A pesar de todo, le sigue fiel y no quiere abandonarla ni alejarse de ella.

Verdad es que hay otro problema que impide que Don Claudio venga a establecerse en España, como muchos le instan a que lo haga: su biblioteca, que es importante y extraordinariamente rica. Su traslación costaría una fortuna que él no posee y, hasta la fecha, el gobierno español no ha tenido el detalle de asumir el gasto de la mudanza. A lo que dicen, Asturias le está preparando otro homenaje al gran hombre: quiere concederle el título de "Hijo adoptivo", como lo acaba de hacer para el pintor Vicente. Tal vez con este aliciente, y si se le diese alguna facilidad para solventar el problema de sus queridos libros, el hombre volvería a la "Patria querida". Pero no hay que esperar demasiado; el tiempo apremia, pues D. Claudio tiene ya muchos años, más de ochenta.

Oviedo, 19 de noviembre de 1992

Universidad de Lyon